

La biblioteca de Alejandría: el surco de la lectura en el mundo antiguo

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Centro Universitario de Investigaciones Bibliológicas
de la UNAM, 04510, México D.F., Tel: 56-23-03-29.
E-mail: galfaro@cuib.unam.mx

Para Miguel Cruz López

RESUMEN

La Biblioteca de Alejandría tiene una significación fundamental en la historia, por que marcó el punto fronterizo entre un concepto de biblioteca anterior y el que determinará el desenvolvimiento posterior de las bibliotecas. A partir de ella se dio la división en la práctica de la lectura en la Grecia Clásica y la del Hellenismo que será característica de la posterior civilización occidental. La Biblioteca tenía una unidad intrínseca con el Museo, primer centro de investigación, en aquella se hacía acopio del saber universal mientras que en éste se producía el conocimiento: en una y otra se profundizó y reorientó el surco de la lectura en el mundo antiguo.

Palabras clave: Alejandría, Biblioteca, Museo, Lectura, Interpretación, Intertextualidad.

***THE LIBRARY OF ALEXANDRIA: LECTURE'S FURROW
IN THE ANCIENT WORLD***
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO-LÓPEZ

ABSTRACT

The Library of Alexandria implies a fundamental meaning in history because it marks the frontier between the former concept of library and that one which will determine the future development for all of them. With it begins the division between the practice of lecture prevailing in Classic Greece and that of Hellenism, which will characterize the later western civilization. The Library held an intrinsic unity with the Museum, first research center, and gathered universal learning, while the Museum was in charge of producing knowledge. Both of them deepened and reoriented the lecture's furrow in the Ancient World

Key Words: Alexandria, Library, Museum, Lecture, Interpretation, Intertextuality.

Artículo



PROEMIO

Fulgores de una biblioteca mítica

M*ythos* para los griegos significaba de manera popular cuento o fábula que hacía referencia a hechos heroicos considerados como fundamento y comienzo de la historia de la comunidad. Pero el mito tiene un escorzo más intrincado, puesto que se hunde en el mar de la eternidad al remitirnos al ámbito de lo sagrado. Cuenta el origen histórico de la comunidad desde la óptica de la eternidad, morada de los dioses. El mito es un umbral donde inciden y se comunican lo eterno y lo temporal, lo trascendente y lo inmanente, lo divino y lo humano. En esa levedad fronteriza se agitaron los griegos y todas sus creaciones.

Comprendiendo esto no es gratuito que el más grande de sus filósofos, Platón, haya bordado y bordeado con el mito su filosofía; de hecho el mundo de las ideas con sus inmarcesibles arquetipos es el mayor mito filosófico que pudo elaborar la mente griega: *maridaje de mythos y logos*. Es esta textura mítica con fulgores de arquetipo platónico lo que aureola a la Biblioteca de Alejandría. Biblioteca que a nuestros ojos de individuos del siglo XXI se presenta con un ineludible halo mítico por todo lo que con el correr de las centurias se ha dicho, elucubrado o simplemente inventado sobre ella. Su carácter mítico es con sus tan cial a su propio origen y no sólo producto de una refracción visual histórica.

La Biblioteca de Alejandría desde su construcción misma estuvo signada por el mito: temporal y eterna, humana y divina. Y en cuanto tal se convirtió en el arquetipo platónico de la biblioteca, de ahí que cada vez que me refiera a ella lo haré con mayúscula: Biblioteca. Arquetipo que de una u otra forma se imprime en el receptáculo de las posteriores bibliotecas específicas, las cuales a su vez implícitamente se remiten a su modelo. En el interior de las bibliotecas posteriores que cruzan y signan la historia de la humanidad, se deja eschar de una u otra forma el rumor mítico de la Biblioteca de Alejandría. Aquí la pregunta resulta ineludible: ¿Por qué esta Biblioteca y no las que hubo antes o después alcanzaron ese sitio paradigmático?

Antes de la aparición de la Biblioteca existía una tradición bibliotecaria en el mismo Egipto, pero principalmente en Oriente Medio entre los babilonios y los asirios. Es famosa la biblioteca del rey Arsabani en la capital asiria de Nínive, que contenía miles de tabletas de arcilla: que eran los libros en que este pueblo llevaba a cabo el registro y preservación de la información de sus actividades cotidianas en escritura cuneiforme. El carácter de la información contenida en las tabletas de arcilla versaba sobre los hechos de los monarcas, la administración y el registro público; esto es, acerca del acontecer de las dinastías (lo permanente) y de lo inmediato y rutinario (lo fugaz). Tal información era la que en una mayor proporción quedaba registrada en los "libros de arcilla", pero también en ellos se atesoraban las incipientes obras literarias de esos pueblos. Por esta razón eran a la vez archivos y bibliotecas, y en cuanto tales se encontraban adscritas a centros religiosos. Esto denotaba el carácter religioso

que per meaballasactividadasle vadasacabopor lacolectividady que eranregistradosen loslibros. Pero además poníen evidencia el poder de la casta sacerdotales que hacíadelregistrodelainformaciónsu posesión personal.

En el mundo griego las bibliotecas tenían una escueta historia que se reduce a una única biblioteca pública en Atenas, la del tirano Pisístrato, la cual el monarca Jerjes en vió a Persia después de la batalla de Salamina y misma que más tarde retornó a su lugar de origen, de vuelta por el macedonio Seleuco Nicator, rey de Siria; aunque algunos cuestionan su existencia. Otras bibliotecas dignas de mención fueron las de Platón en la Academia y la de Aristóteles en el Liceo. Dentro también de la órbita griega la única biblioteca con aspiración a compararse a la de Alejandría fue la de Pérgamo: de hecho, ésta fue concebida como un reflejo competidor de aquélla, pero carecía del fulgor mítico de la Biblioteca de los Ptolomeos, lo cual se explica recordando el propio destino que tuvo la monarquía de los Atálidas.

Una biblioteca no se crea de la nada ni mucho menos como entidad al margen y autónoma frente a las fuerzas que modulan y modelan el contexto social; más bien es producto de esas fuerzas, pero una vez que ha sido creada contribuye a la producción de éstas. Lo producido a su vez actúa sobre el productor. El reino de Pérgamo se origina en una traición: el eunuco Filatero, comandante de la en ese entonces pequeña población de Pérgamo, donde el diádoco (así la llama sus principales comandantes Alejandro Magno) Lisímaco guardaba un gran tesoro, traiciona a su jefe pasando el bando de otro diádoco, Seleuco. Al morir el eunuco el tesoro y la población pasan a Atalo I, quien inicia la dinastía de los Atálidas y el reino de Pérgamo. La biblioteca fue fundada por Eumenes II en la primera mitad del siglo segundo. Los Atálidas comprendieron el papel que para la monarquía Ptolomea podría desempeñar la Biblioteca de Alejandría: no meramente una acumulación y preservación de libros, sino la legitimación política a través del saber.

Emulando la política cultural de los Ptolomeos, la monarquía Atálica invitó a su corte a importantes intelectuales griegos, como por ejemplo aquél que llegó a ser director de su biblioteca, Crates de Malos. Incluso buscó atraer a los eruditos alejandrinos, noble ejercicio de saqueo de cerebros; así invitaron al propio director de la Biblioteca, Aristófanes de Bizancio, quien fue impedido de aceptar la invitación por el propio Ptolomeo V, aunque otros eruditos alejandrinos no resistieron las prebendas que les ofrecían y acudieron a integrarse a la corte Atálica para seguir aliando la competencia entre ambas monarquías y ambas bibliotecas. Uno de los notables aportes de Pérgamo a la materia es crítica fue el uso intensivo y extensivo de las pieles, puesto que no se disponía de papiro abundante para la elaboración de los libros, como sí se hacía en la Biblioteca. La fabricación de pieles en Pérgamo para escribir a grandes calas hizo que se terminara por darle el nombre de *pergamino* a ese uso de las pieles.

El pequeño reino de Pérgamo pudo sobrevivir en medio de enemigos poderosos y ambiciosos gracias a la política de alianzas y la colaboración de sus monarcas, hasta que al morir Atalo III le heredó su reino al pueblo romano (hacia el 133). Al no estar apuntalado el reino de Pérgamo por una base económica y militar sólida, difícilmente

su biblioteca podía seguir compitiendo con la de Alejandría, la cual era alimentada por los vastos recursos de un imperio; la inagotable productividad anual del Nilo suministraba los recursos que en grande cían a la monarquía ptolemaica y sus instituciones helénicas. De ahí que la biblioteca de Pérgamo acabara siendo un efímero simulacro de la Biblioteca de Alejandría, pero no fue éste el único, también hubo otros, aunque más discretos, en otros reinos helénicos, como el de Antioquía de la monarquía Seléucida y el de Pella en Macedonia, así como algún otro de mayor sigilo; pero ninguno de ellos alcanzó ni remotamente el fulgor mítico de la Biblioteca de Alejandría. Ahora bien, lo que sí indica todo ese conjunto coetáneo de bibliotecas es una tendencia en el espíritu helénico y cuyo culmen fue la Biblioteca, es eso lo que le brinda ese especial fulgor mítico que, de manera análoga a la luz del famoso Faro de Alejandría, se proyecta hasta los remotos confines delos siglos y las culturas.

La era conocida como helénismo, que como toda época histórica en términos reales tiene límites fronterizos difusos, ha sido delimitada por algunos historiadores en su inicio con la muerte de Alejandro Magno 323 a. n. e., y como cierre con la entronización de César Augusto 30 a. n. e.¹ es un punto de inflexión en la civilización griega. La época clásica ha quedado atrás con su mar mórrea grandeza; su inmarcesible concepción del conocimiento, producción-plasmación-preservación, se adentraba en lo numinoso. Conocimiento que por su visión trascendente (abstracta) del mundo estaba inmerso en el territorio de lo sagrado. Era una visión total e integradora que trascendía la inmediatez y la tangibilidad para ofrecer un mundo “que no es de este mundo”, análogo a la eternidad en que moran los dioses.

La filosofía fue la fragua en la que se urdió ese mundo de esencias eternas. Tal conocimiento era plasmado en rollos que fungían como cintas en que quedaba registrada en signos la palabra oral. De hecho el libro era considerado una extensión de la palabra oral y no una entidad autónoma que subsistiera *per se*. La palabra perenne registrada en los libros era atesorada en depósitos donde reposaba su sueño sagrado, mítico. Pero con el advenimiento del helénismo este orden de cosas cambiaría, lo que a su vez conllevará que la palabra eterna se transfigure en palabra temporal. Palabra que recorre, desde la trascendencia a la inmanencia, el espectro del mito. El espacio privilegiado donde se llevó a cabo ese tránsito fue la Biblioteca de Alejandría.

Las conquistas de Alejandro expandieron el conocimiento griego, lo que evidenció su grandeza y sus limitaciones, sin embargo también ese conocimiento se impregnó de los conocimientos de los pueblos conquistados y ello obligó a los griegos a replantear los fundamentos del conocimiento así como su visión del mundo y de los hombres. Sacar al conocimiento de la extática esfera griega produjo que el conocimiento se orientara hacia el discernimiento de lo temporal, de la terrenalidad. Pero esa misma expansión del conocimiento dejó en claro que comprender la magnitud del mundo que así se mostraba requería un enfoque especializado, regionalizado. El

1 Cfr. William Tarn, y G. T. Griffith, *La civilización helenística*, México, FCE, 1982.

conocimiento que llenó ambos requerimientos, inmanencia y especialización, fue el conocimiento científico.

La orientación y acervo de la Biblioteca estuvieron en gran medida signados por el espíritu científico, lo que resultaba coherente: si las conquistas de Alejandro expandieron el conocimiento dándole un nuevo giro, era justo que la producción de ese conocimiento marcara con su impronta a la Biblioteca de la ciudad fundada por el conquistador. El otro factor que contribuyó a definir y consolidar esa orientación científica de la Biblioteca fue su inalienable unidad con la otra institución complementaria: el *Museion*, el primer centro de investigación conocido en el mundo, y donde la producción del conocimiento científico era determinante.

El hecho de que en la Biblioteca fueran colgados textos con conocimiento trascendente inmanente nutrió sus afanes universalistas. En ella se buscó que tuvieran sitio los libros de todos aquellos pueblos del mundo antiguo que eran considerados como civilizados, aunque obviamente existía una especial predilección por los de la cultura griega. En la medida en que la colección de libros se ampliaba en todos sentidos se hizo necesario organizarlos de manera eficiente para que fueran accesibles a los usuarios, por lo que se diseñó un sistema de catalogación que estaba en consonancia con una visión regionalizada del conocimiento y del mundo. Todo esto deja claramente establecida la distancia que medía entre la Biblioteca de Alejandría y todas las bibliotecas anteriores y coetáneas. Se trata de la primera biblioteca en el sentido pleno de la palabra, en ella se ha dado la separación con los centros religiosos a los que se halla banads critas; por ejemplo, las bibliotecas de Oriente Medio, pero sobre todo la Biblioteca se ha distanciado de la función de archivo, de registro de las actividades cotidianas de la colectividad.

En cuanto a su función como biblioteca lo que ofrece es mucho más complejo determinante para la gestación y el acontecer de la civilización, algo nunca visto con anterioridad. Biblioteca cuya universalidad oscilaba entre lo eterno y lo temporal, entre lo divino y lo humano: fulgor mítico que aureolaba la práctica de la lectura. La Biblioteca de Alejandría consolidó y legó un tipo de lectura que en la época clásica comenzó a insinuarse: la *lectura intertextual* y, por extensión, una *escritura intertextual*. Lectura intertextual que signará con su impronta de manera definitiva las prácticas de la lectura por venir en Occidente; y en ellas lejanamente se dejará entrever el fulgor que a través de los siglos nos llega de una biblioteca mítica.

El sueño de Alejandro Magno

A cada biblioteca la sigue una caída de historia. Y la Biblioteca de Alejandría tiene una majestuosa caída histórica que comienza por nacer del sueño del más grande de los conquistadores, Alejandro Magno. Sueño que nutría los sueños por venir de la humanidad, sueño que empezó a corporeizarse cuando Alejandro en la isla de Pharos contempla el eterno oleaje del Mediterráneo y su mente de guerrero visionario

columbra que éste tenía que ser el emplazamiento de la futura ciudad que llevaría su nombre a lo largo de los siglos. En uno de los brazos del delta del río Nilo fundaría luego la ciudad que sería la conterminación de las ciudades griegas. El mar Mediterráneo se convertiría en un espejo donde se reflejarían las ciudades griegas del norte y la Alejandría del sur.

El sueño de Alejandro se hará realidad fijando un bastión griego en ese Egipto de enigma y tinieblas al que quiere iluminar con la claridad helénica. Su fértil imaginación gesta de inmediato el diseño de su ciudad, que en lo fundamental habría de reproducir tanto el diseño urbano de las ciudades griegas como sus más preclaras instituciones.² Ese plano le es confiado a su arquitecto personal, Deinócrates de Rodas, para ser realizado. Así el sueño inicia su realización en un suspiro en medio del vértigo conquistador: entre el sitio y captura de Tiro (332) y la batalla de Arbela, Gaugame la (331). Pero otro sueño acusaba a Alejandro para continuar su marcha, la conquistada total del Imperio Persa. Su imperio se extenderá hasta la India y por doquier promoverá la fusión de las culturas dominadas con la cultura griega, incluso de forma explícita, casando a sus principales militantes con las hijas de la nobleza respectiva. Jamás regresará a Egipto para ver terminada Alejandría, muere en Babilonia (junio 323). Su sueño será continuado por su sucesor, Ptolomeo, quien mostrará un templey *talento* a la altura del *genio* de su rey y comandante.

Ptolomeo fue el único de los diádocos que murió de vejez en la cama, dato que aunque puede sonar anodino resulta muy revelador; primero porque resistió las guerras entre los comandantes de Alejandro, y segundo por que tuvo el tiempo necesario para forjar a su vez un imperio y una dinastía sólidos a partir de la construcción de la ciudad soñada de Alejandría. Alejandro era el visionario, el soñador, el guerrero incontenible que vislumbraba comunidades universales dentro de un vertiginoso imperio multinacional, Ptolomeo era el realista, el hombre con los pies bien puestos sobre la tierra, el guerrero que forja una ciudad para contener una comunidad multirracial claramente seccionada.

Ptolomeo es uno de los grandes monarcas de la historia y un héroe civilizador. Ciertas líneas centrales en la historia de la civilización occidental, sobre todo en el orden cultural, tienen su origen en la obra emprendida por este monarca, la cual ya en su propio tiempo le valió que le asignaran el título de Ptolomeo I *Soter*, que significa el salvador. Su vida extraordinaria fue enaltecida por haber convertido un sueño en una

2 “Aseguró Ptolomeo que estaba Alejandro atacado por un vivo deseo de realizar su proyecto cuanto antes y que a ese estado febril de creatividad se debió el que él mismo estableciera los planos primordiales de la ciudad, y que sin dudar indicó a los arquitectos el sitio del ágora, el número de santuarios y sus deidades regentes, mezcla de griegos y egipcios sin desmerecimiento de Isis, su diosa local, aunque también ordenó el carácter y el perímetro de una su propia muralla, nunca permitirían Ptolomeo ni sus descendientes que urbe tan libre, abierta y extraordinaria por toleante que daría en cerrada a modo de fortaleza y ésta es la causa por la que nunca se le llegó a edificar”. Martha Robles. *Memoria de la Antigüedad*, México, CONACULTA, 1994, p. 42.

joya de mármol: Alejandría, ciudad en la que brillaron en su máximo esplendor las instituciones griegas auspiciadas por el monarca:

Lo que nos llama la atención de Ptolomeo no es tanto su poder como lo perdurable de su obra: la creación del culto a Serapis, los edificios públicos de Alejandría, la administración Lági da y las leyes griegas, sin hablar del Museo y de la Biblioteca, que no volveremos a encontrar en ninguna otra parte.³

Desde el inicio de su epopeya alejandrina Ptolomeo tuvo la lucidez para comprender que el rey no que iba a crear no podía, ni de bía, apoyarse sólo en la fuerza de las armas, debería tener un contrapeso que además le otorgara legitimidad, cohesión y solidez a su monarquía frente al orbe griego, y esto tendría que darse en la esfera cultural. No le cabía duda de que frente a una civilización altamente orgullosa de sus logros culturales como la griega, debía ser en el terreno cultural donde él argumentara su poder. Para ello promovió la creación de dos instituciones que no sólo serían gestoras del discurso cultural legitimador de su monarquía sino que además tendrían una profunda y duradera influencia en el desarrollo de la civilización occidental hasta nuestros días: la Biblioteca y el Museo. La sola creación de estas instituciones bastaría para darle gloria a Ptolomeo.

A lo largo de la gesta conquistadora de Alejandro, Ptolomeo observó las grandes bibliotecas de los reinos de Oriente Medio, que eran inmensos almacenes de tablillas de arcilla, pero sobre todo se interesó en su magnitud, su organización y su función de preservadoras de la memoria colectiva. Una vez ungido como rey de Egipto buscó hacer algo semejante en Alejandría pero con un estilo y orientación propios, distintos. Además, estableció una gran biblioteca que representaba para él un eje sobre el que articulaba su política. Su biblioteca no entraría en la categoría de “contaduría nacional” como las bibliotecas hasta ese momento en uso:

Ptolomeo tenía muy claro que no debía nada semejante, pues ya había organizado una administración eficaz. Suburocracia se encontraba entre las más eficaces de los reinos helenísticos.

La extraordinaria innovación fue el papel atribuido a la Biblioteca de Alejandría; sin duda por primera vez en todo el Mediterráneo, un soberano se dedicaba al servicio del conocimiento humano y ponía sus recursos a disposición de la comunidad en vez de dedicarse a acumular riquezas. El rey amplió su concepción del Estado al resplandor de su capital y proyectaba su obra pensando en las generaciones futuras apostando fuerte por el eco de semejante empresa cultural. No era un filósofo pero por lo menos había escuchado las lecciones de los discípulos de Aristóteles.⁴

Entre sus discípulos de Aristóteles estaba por supuesto Alejandro, quien gozó de la enseñanza particular del filósofo y la que fue determinante en su visión conquistadora;

3 Fran cis Fèvre. *Ptolomeo I. El faraón de Alejandría*, Madrid, Alderaban, 1999, p. 229.

4 *Ibid.*, p. 152.

a través de su rey es cu chó Pto lo meo la voz de Aristó te les se ña lan do la ne cesi dad de que un buen estado habría de fundarse sobre el conocimiento.

Fue otro discípulo del filósofo egresado del Liceo quien inspiró a Pto lo meo para establecer la Biblioteca y el Museo: Demetrio de Phalero. Destacado intelectual y hábil político llegó a ser amigo íntimo de Pto lo meo. Su carrera política fue una sucesión de luz y sombra: gobernador de Atenas durante una década gracias a su inclinación filomacedónica, fue considerado por su notableregenicamodelo de filósofo rey. Al debilitarse el poder macedónico que dominaba Grecia, el partido antimacedónico ateniense logra expulsarlo de la ciudad y pasa a exiliarse en Tebas, Egipto, de donde es llamado por Pto lo meo. Demetrio será el artífice de la política cultural de Pto lo meo y al conocer el proyecto del monarca de crear una gran Biblioteca, utilizará como modelo para su realización la biblioteca del Liceo. Pero como el proyecto de Pto lo meo también contemplaba la creación de un centro donde se llevara a cabo la producción de conocimiento, Demetrio se basó en la estructura de conocimiento de su propia escuela, el Liceo, que era el más importante centro de enseñanza científica griega, pero lo combinó en su aspecto formal con una antigua institución religiosa-cultural griega, el *Museion* –lugar donde se rendía culto a las musas– para gestar el Museo de Alejandría.

La Biblioteca y el Museo tenían, pues, referentes con el pasado mas al ser concebidas en un nuevo contexto y sobre todo en gran estilo se convirtieron en algo inédito que cambiaría la forma de concebir una biblioteca y la producción del conocimiento en el futuro. Lo que que dó de manifiesto a lo largo de la existencia de ambas instituciones fue su es tir pe aris to té li ca, pues to que el Liceo fue su núcleo temático. Esto hubiera agrado profundamente a Alejandro, hubiera sentido que la realización de su sueño había rebasado sus propias expectativas: Alejandría, la ciudad soñada por el conquistador, había sido concretada por su general más sabio, Pto lo meo, y presidida por el espíritu de su maestro Aristóteles; no se podía pedir más. Cabe subrayar que la Biblioteca y el Museo fueron concebidos como *unidad interactuante*, no como organismos autónomos y separados. Esa unidad interaccional es la que va a marcar con su impronta el desarrollo de la cultura, y lo que por ende será la fuerza impulsora del proceso civilizatorio occidental.

Mientras Pto lo meo fue el arquitecto diseñador del proyecto cultural alejandrino, sustentado en la Biblioteca y el Museo, Demetrio, el brillante y eficiente maestro de obras fue el realizador de tan importante proyecto. Desgraciadamente, el maestro de obras quiso elevarse a la categoría de arquitecto, con lo que preparó su caída final. Al gozar de tan to ascendiente en el ánimo del rey, Demetrio pretendió influir en el so bre la sucesión dinástica, sólo que esta basitua do en el partido equivocado. Esto hizo que cayera en desgracia ante el sucesor. Pto lo meo II Philadelphus, quien lo mandó al exilio para después de un tiempo ejecutarlo. Más allá de estas contrariedades de apreciación política y de los futuros resvanchistas del poder monárquico, la figura y la obra de Demetrio de Phalero que da unidad a la de Pto lo meo I So ter en la gestión de dos instituciones centrales para la civilización occidental, la Biblioteca y el Museo de Alejandría.

Ptolomeo y Demetrios oñaron con el sueño de Alejandro y al realizarlo se lo entregaron a la humanidad para que ésta pudiera soñar con él.

La espada y el libro

Una leyenda refiere que a lo largo de su campaña conquistadora, antes de acostarse Alejandro Magno colocabajo aquello que hiciera las veces de almohada su espada y su ejemplar de la *Iliada*, ambas ve la ban y prote gian su sueño. Pero la conjunción de la espada y el libro tenían también una significación y un simbolismo particular para el conquistador, que reflejabansuraigambregriega.

Alejandro al ser de origen macedonio era un guerrero pero además no era cabalmente un griego. La estirpe guerrera de su pueblo le dio la fuerza para emprender su gesta conquistadora, pero detrás de ella estaba el espíritu griego del que estaba permeado su pueblo y en particular él que tuvo como maestro a Aristóteles, uno de los grandes forjadores del pensamiento griego. Con Aristóteles Alejandro aprendió a leer y a amar la *Iliada*. A través de ese libro fue introducido en el universo de la *paideia* griega, es decir, en el ideal educativo de este pueblo. La *Iliada* fue el libro que le señaló el camino conquistador con el cual se abrió camino asiendo su espada. Por ello en el interior de Alejandro convivían la violencia y la cultura, la destrucción y la creación. Su lectura de la *Iliada* le permitió soñar con Alejandría; lo que significaba que su sueño estaba tejido de signos. En el fondo su visión de una comunidad universal donde estuvieran fundidos múltiples pueblos y culturas cohesionados por la cultura griega estaba bagalvanizada por los libros leídos junto a su maestro Aristóteles.

Alejandro era un guerrero ilustrado cuya visión del mundo, que va forjando a golpe de espada, está medida por las representaciones que en su mente configuran la lectura. No es la violencia, la destrucción pura de senca de nada por un guerrero analfabeto. La visión conquistadora poblada de signos de Alejandro, por otra parte, representa el momento culminante de la fase incipiente de lectura de la comunidad griega, pero también implica el tránsito hacia otra forma de lectura que se dará precisamente a partir de la realización del sueño del conquistador con la creación de la Biblioteca de Alejandría.

Alejandro leyó la *Iliada* como la leían la mayoría de los griegos en ese momento, lejos estaba de imaginar que él al reconstituir el mundo antiguo estaba apropiando el advenimiento de instituciones culturales nuevas que iban a dar lugar a un tipo de lectura que incluso llegará hasta nuestros días. Podemos imaginarnos al caer de la noche y en el caso de la batalla a Alejandro retirarse a reposar en su campamento, despojarse de su espada para colocar la bajo su almohada y tomandosueño su ejemplar de la *Iliada* sentarse en la orilla del suelo para leer algunos pasajes de su amado libro.

Está solo y su lectura es iluminada por unas antorchas. Afuera sus guardias personales oyen una vez más la voz de su rey leyendo. A lo largo de la gesta conquistadora han oído la lectura de la *Iliada* que en cualquier momento de reposo lleva a cabo Alejandro; si por ancestral tradición oral conocían la historia que narra Homero, como cende

primera mano o, más exactamente, de primera voz y de forma completa el texto porque su comandante lo lee en voz alta una y otra vez. Cuando lo termina vuelve a comenzar o lee simplemente los cantos que en ese momento interpreta como una clave o un mensaje sobre el siguiente paso a dar en su campaña. Sus guardias personales, que no eran lectores, oyen la lectura de la *Iliada* como él escuchó esa lectura en voz de su maestro Arístoteles, el cual a la par iba comentando el texto para desentrañar ante su discípulo el sentido de esa obra central de la cultura griega.

Pero su comentario era una reflexión viva que por lo mismo pretendía exponer los valores educativos fundamentales que para un griego eran vitales y estaban reunidos en la *Iliada*. No era el comentario erudito, filológico y científico que se estiló tiempo después en Alejandría. El conquistador, después de haber encontrado el mensaje cifrado que buscaba en el texto de Homero y de haber sido oyente de su propia lectura oralizada, enrolla su libro y lo desliza junto a su espada, para luego dormir y soñar con territorios conquistados y fundación de ciudades.

Hacia el siglo VIII a. n. e. la escritura alfabética ingresó en la cultura griega y germinó en un mundo que desde largo tiempo atrás se sustentaba en la tradición oral, germinación lenta y silenciosa pues todo el horizonte social y mental de los griegos se articulaba a partir de la comunicación oral. Sus sorprendentes logros culturales y políticos estaban transidos por la palabra oral. El diálogo, la polémica y la diatriba, esto es, los fragores de las razones y pasiones se emitían a voz viva *tête à tête*.

Durante todo el período clásico se vio con suspicacia a la escritura, por lo que se explica la aguda crítica que Platón lanzó contra ella a partir de una argumentación que calaba en las limitaciones de esta forma de comunicación. De hecho la escritura quedó circunscrita a un breve sector de la población y por ende también la lectura. Lo que significa que en la Grecia clásica no pudo constituirse una *sociedad lectora*,⁵ de fin con estos términos aquellas colectividades donde la lectura se ha instalado como centro que articula formas de mentalidad y comunicación, sin que ello signifique necesariamente que todos sus integrantes sepan leer. Puede incluso ser una minoría la que lleva a cabo la práctica de la lectura, pero las formas de representación y construcción de la realidad social están mediadas por los signos y los símbolos de la lectura.

En la Grecia clásica el texto tenía un lugar marginal; de hecho, los mecanismos de representación y construcción de la realidad social se articulan a partir de la comunicación oral. Por lo mismo el texto dependía completamente de la oralidad; lo escrito estaba incompleto sin la voz. A lo cual contribuía el hecho de que el texto estuviera en *scriptio continua*, escritura que se meja a una cinta magneto fónica en la que se iban registrando las voces escritoras y lectoras:

5 Para mayor abundamiento sobre este concepto véase mi estudio "Los usos de la lectura y la representación cultural: elementos para una teoría de la lectura" en el volumen colectivo *La información en el inicio de la era electrónica*, México, UNAM, 1998.

Detengámonos en primer lugar en lo del carácter incompleto, desde el punto de vista griego, de la escritura. Si es verdad que la lectura era necesaria para que el texto se convirtiera en completo, de ello resulta lógicamente que la lectura formaba parte del texto. Conclusión coincidente con una frase que constituye el punto de partida para Michel Charles en *Rhétorique de la lecture*: 'Nos atendremos aquí a este hecho esencial: la lectura forma parte del texto, está inscrita en él'. ¿Cómo se adapta esa concepción a la situación de la Grecia antigua? ¿De qué manera el acto sonoro formaba parte de lo que para nosotros es un acto mudo? ¿De qué modo el uno está en tensión con el otro? Ante todo tenemos que involucrar el carácter material de lo escrito en Grecia, porque hemos comprobado que la *scriptio continuator* no había practicamente ineludible la vocalización. La carencia de intervalos (así como la de una ortografía normalizada) hacía que cada lectura fuera una experiencia sonora. Así pues, esa carencia programaba, de manera negativa, la lectura oralizada que por consiguiente se hallaba inscrita en el texto. Pero con viene seguir adelante. Jugando con la etimología de la palabra 'texto' (del latín *textus*, 'tejido'), tengo la impresión de que todo sucede como si el texto estuviera formado por una urdimbre escrita y una trama vocal, que se traban en la lectura y se destraban después. Dentro de esa concepción, que yo creo que es fiel a la experiencia clásica de leer, el texto no sería por ende un objeto estático, sino el nombre de la relación dinámica entre lo escrito y la voz, entre el escritor y el lector. Así, el texto se convertiría en la realización sonora de lo escrito, escrito que no podría distribuirse o decirse sin la voz del lector.⁶

La lectura en voz alta era la norma entre los lectores de la Grecia clásica, aunque es de señalar que como fenómeno marginal se practicaba la lectura silenciosa,⁷ pero incluso ésta estaba determinada por la oralización. Todo ello explica la preeminencia que en esta sociedad tenía la oratoria y la retórica: el arte de expresarse en público con elocuencia y el conjunto (codificación) de procedimientos que permiten la expresión elocuente, simbolizaban la naturaleza de un pueblo para el que era necesario hablar y escuchar públicamente. El habla cotidiana era elevada a la dimensión de arte del decir y ciencia del exponer con la oratoria y la retórica, su ejercicio prestigio a los individuos

6 Jesper Svenbro. "La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa" en G. Cavallo, y R. Chartier. (dirección), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Tau rus, 1998, p. 69.

7 "Esa conclusión era, sin embargo, inadecuada en la medida en que su género que la lectura silenciosa acabó por triunfar en el mundo griego. En realidad si guió siendo un fenómeno marginal, practicada por profesionales de la palabra escrita, sumidos en lecturas sufiicientemente amplias como para fomentar la interiorización de la voz lectora. Para el lector me dio, la manera normal de leer si guió siendo la lectura en alta voz, como si fuera imposible borrar la ración primordial de la escritura griega: producir sonido, no re presentarle. En la Antigüedad griega, la voz no abdicó nunca. Por razones culturales, su reino no se vio seriamente amenazado. La lectura silenciosa no desarrolló su propio vocabulario, sino sencillamente recurrió a los términos ya existentes, como *anagnóskhein*, que en adelante se refirió no sólo al reconocimiento acústico de lo escrito, sino además al reconocimiento visual de la secuencia gráfica, que 'hablaba' directamente a los ojos. Por todo su carácter innovador, la lectura silenciosa de los griegos se guía estando directamente determinada por la lectura en alta voz, de la cual guardaba algo así como un eco interior irreprimible". *Ibid.*, p. 92-93.

en la esfera pública, les otorgaba fama.⁸ Pero entre los griegos aún había cotidiana que circulaba en la esfera privada en carnales afanes de comunicación inmediata, sin mediaciones escritas. Por consiguiente la información y el conocimiento se daban sobre la marcha misma de la verbalización cotidiana cara a cara; lo cual significaba que las vivencias y el pensamiento eran comunicados directamente a los otros.

La experiencia o reflexión nacidas de las acciones de los individuos sobre la realidad o sobre los otros eran interpretadas y codificadas de forma natural por el pensamiento y así eran comunicadas a los demás oralmente. La escritura no imponía aún sus códigos de organización de la información y del conocimiento; el texto no ofrecía aún una visión del mundo autónoma y autosuficiente, lo que le daría al acto de leer una mediación de mayor densidad interpretativa, como acontecería en Alejandría. De hecho, en la Grecia clásica sucedía lo contrario, la oralidad aún le imponía su visión e interpretación del mundo al texto. Interpretación que se desdoblaba del individual al colectivo y viceversa. Leer era por ello una variante o, más exactamente, una extensión de la comunicación oral bidireccional: individual-colectiva.

Cuando Alejandro leía a voz alta la *Iliada* no sólo se la leía a sí mismo sino de hecho también a sus guardias personales. Pero más aún, al leérsela a sí mismo se la leía oralmente a su ejército y por extensión a la colectividad griega que él llevaba dentro; los guardias eran una leve y breve encarnación de esa colectividad interiorizada. Muy lejos se está del lector que sólo hará lecturas en silencio a su yo individual automático, alienado por el mismo acto de la lectura de la colectividad en la que está ubicado. La lectura que lleva a cabo Alejandro de la *Iliada* es una lectura colectiva, en la que la individualidad del conquistador se diluye en la de su pueblo. Su lectura en voz alta es el eco de la voz colectiva que él lleva dentro, pero a la vez esa colectividad interior se transfigura en oyente colectivo.

La *Iliada* es el texto que por su significatividad para la conciencia griega expresa en plenitud a través de su lectura oralizada ese movimiento pendular entre lo individual y lo colectivo que se presenta en el conquistador. La lectura oral individual-colectiva de la *Iliada* que hacía Alejandro era una *fuerza espiritual* que lo guiaba a él y al pueblo griego en su gesta conquistadora. Y su espada era la *fuerza física* que les abría camino a ambos. En el campo de batalla la noche ha caído y con ella la hora del sueño: la espada y el libre posan bajo la cabeza del conquistador.

Los Dioscuros: la Biblioteca y el Museo

Dioscuros. Así eran llamados los gemelos mitológicos Cástor y Pólux, hijos del promiscuo triunvirato Zeus-Leda-Tindaro.⁹ Muchas fueron las hazñas de los inse-

8 En la Grecia clásica el reinado de la palabra oral estaba determinado con el resplandor de la "fama". De hecho el sentido fundamental de la palabra "fama" es "sonido". Es el sonido que surge de alguien para mostrar su gloria.

9 Zeus se transformó en cisne y bajo esa forma poseyó a Leda, la cual puso dos huevos. Uno por Zeus y otro por su esposo Tindaro. Del huevo de Tindaro nacieron Cástor y Clitemnestra. Y del huevo de Zeus nacieron Pólux y Heleña. Por lo que los hijos de Leda y Tindaro carecieron del don de la inmortalidad, mientras que los hijos provenientes de Zeus de antemano eran inmortales.

parables gemelos; donde estaba uno estaba el otro. Se complementaban mutuamente en sus gestos y gestas, por lo que el destino de uno se correspondía con el destino del otro, a pesar de que Cástor por ser hijo de Tíndaro era mortal, mientras que Pólux era inmortal al ser hijo de Zeus. Simbolizaban la unidad de destino entre los dioses y los hombres, en lo eterno y lo temporal, por lo que eran una representación prototípica de la dualidad que encarna el mito. Al ser asesinado Cástor, su gemelo Pólux le suplica a Zeus: “¡Padre, no permitas que sobreviva a mi querido hermano!”¹⁰ Pero Pólux era inmortal y como tal estaba predestinado a ser llevado al cielo a su debido tiempo, así que rechazó la inmortalidad a menos que la compartiera con su hermano, por lo que Zeus les concedió a los dos que pasaran su vida alternativamente en el cielo y bajo la tierra. Al mismo tiempo al ver su anhelo de inseparabilidad y la fortaleza de su amor fraternal los elevó a la esotérica dignidad de signo del zodiaco como la constelación Géminis. Así pues, los Dioscuros son la quinta esencia de la unidad perenne, de la conjunción del mortal y lo inmortal. Quinta esencia que de manera análoga expresa la unidad de esas dos magnas instituciones alejandrinas: la Biblioteca y el Museo, Dioscuros que a su vez nacieron de un gesto político y cultural de Ptolomeo que las unía en lo eterno y lo fugaz.

En cuanto Dioscuros ambas instituciones eran inseparables, el destino de la una estaba inalienablemente unido al destino de la otra; de hecho se trataba de una comunidad de destino. La función de una confluía en la de la otra, y la hacía a la que las dos instituciones estaban destinadas era a forjar una concepción nueva y revolucionaria en el acopio-gesta-y la producción-gesto-del conocimiento. A semejanza de Pólux y Cástor, la Biblioteca alcanzó la inmortalidad al perdurar sólidamente en la memoria de la humanidad, mientras que el Museo revelaría su carácter mortal al ser olvidado (de hecho sólo es recordado por los especialistas). Pero las dos instituciones finalmente están unidas en la constelación de la civilización occidental como los Dioscuros que simbolizan la gesta y el gesto del conocimiento.

Aparte de la deificación de Ptolomeo de crear dos instituciones que por sus propias características estaban destinadas a constituir una unidad interactuante, lo que acabó por unir las más estrechamente fue su ubicación colindante dentro de un espacio común. La Biblioteca y el Museo formaban parte del complejo arquitectónico del Palacio de la monarquía ptolema, ubicada en el barrio de Bruquión. Esa ubicación dentro de las instalaciones del Palacio revela además la importancia que ambas instituciones tenían para la monarquía y, por ende, deja en evidencia su conexión con el poder político. El Museo era, pues, un recinto más del Palacio y estaba constituido por las habitaciones de los eruditos que allí eran hospedados y de un comedor donde hacían sus comidas comunitariamente. Se complementaba por el clásico pórtico para pasear (*stoa*) necesario para los griegos en su representación del diálogo y por una exedra consistente en una planta semicircular rodeada de bancos adosados a las paredes propias para que los eruditos se sentaran a leer. Práctica de la

10 Robert Graves. *Los mitos griegos*, vol. 1, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 301.

lectura distintiva a la que se le va a cabo con anterioridad en la Grecia clásica. Lectura, además, perpetuamente alimentada por el préstamo ininterrumpido de libros de la Biblioteca, lectura que, como veremos más adelante, consistía esencialmente unaintertextualidad.

Por su parte la Biblioteca, desmintiendo la exorbitada imagen que de ella se ha elaborado a lo largo de los siglos y a la que en realidad se le extrañan las imágenes de las grandes bibliotecas contemporáneas, era a su vez una dependencia del Museo, por lo que no tenía un edificio especialmente construido para ella a la manera del Museo. En sí misma sólo constaba de algunas pequeñas habitaciones en las que se conservaban los libros ordenados en nichos y cestos, catalogados en grupos para facilitar su localización y uso. Esta sencillez de la Biblioteca se comprende de modo que la concepción de lo que era una biblioteca para los antiguos griegos consistía originalmente en la estantería:

Biblioteca (bibliothekē) quiere decir, ante todo, “estantería”, estantería en cuyas baldas se depositan los rollos y, por consiguiente, también el conjunto de rollos. Sólo por traslación, la sala (cuando ésta se comienza a construir) en la cual estaban colocadas “las bibliotecas.”¹¹

De hecho el sentido original del concepto de *bibliothekē* nunca fue abandonado del todo por los griegos, a lo que contribuía el hecho de que eran habitaciones para depositar libros que aún no eran concebidas al mismo tiempo como salas de lectura, por el simple dato de que la práctica de la lectura se le va a cabo en voz alta; ésta se ejercitaba en el local apropiado para ello y ante un público o paseando por los jardines. Como en el caso del Museo paseando por la *stoa* o en su verían sentados en los bancos de la *exedra*.

Un aspecto diferencial que cabe señalarse entre ambas instituciones y que da la pauta para comprender algunas características de su articulación interna radica en que mientras la Biblioteca fue una institución laica, el Museo conservó el halo religioso de su origen. El *Museion* era un centro religioso de adoración a las musas en Grecia, y aunque adquirió en Alejandría el formato de centro de investigación, éste quedó siempre preservado al amparo de las musas, por lo que la producción del conocimiento que ahí se le va a efecto era concebido como bendición de las musas. Esto explica por qué sus directores, a la par de ser huéspedes de la institución, tenían funciones religiosas de carácter sacerdotal que se correspondían con su actividad de cuidar de su buen funcionamiento. Además era un cargo que proporcionaba rango social y prestigio. Muy probablemente todo esto contribuyó a que su nombre no se conservara, a diferencia de los nombres de los directores de la Biblioteca, cuyas obras y notoriedad intelectual quedaron registradas en la memoria de los siglos:

Conocemos sus nombres, que son los siguientes: Zenodoto de Efeso, autor de una edición de la *Iliada* y la *Odisea* y un léxico de palabras raras usadas en el texto homérico; Calímaco de Cirene, que compiló o hizo compilar los *Pinakes*, y fue el delicado poeta, autor de seis himnos y de la

11 Luciano Canfora. *La biblioteca desaparecida*, Asturias, TREA, 1998, p. 73.

Cabellera de Berenice; Eratóstenes de Cirene, geómetra, geógrafo, cronógrafo, filósofo, filólogo y poeta; Apolo nio de Rodas, que debe su nombre al poema *Los argonautas*, en el que narra la expedición de Jasón y sus trágicos amores con Me dea; Aris tó fa nes de Bi zan cio, que pasa por haber sido el inventor de los signos críticos (óbelos, sigma, antisigma, etc.) y de los de acentuación; y Aris tar co de Samo tra cia, a quien To lo meo Fi lo me tor (187-146) nombró sucesor del anterior en la dirección de la biblioteca.¹²

El carácter laico de la Biblioteca, como ya se señaló, marca un hito en la historia de las bibliotecas que anteriormente estaban adscritas a templos, pero además ello revela que la concepción que la sustentaba y le daba forma como espacio con tenedor del saber universal no estaba trabada por supuestos religiosos sino íntegramente terrenales. Y ello a pesar de que los libros religiosos tenían una importante posición en su estantería. No olvide mos que por instancias de Demetrio de Phalero¹³ se llevó a cabo la canónica traducción de setenta de los libros sagrados de los hebreos. Lo que de hecho entrañaba una forma de laicización de la religión por vía del conocimiento. Esto además contribuyó en gran medida a sus afanes de erigirse en la primera biblioteca universal. Universalismo cuyos antecedentes con el sueño de Alejandro Magno de un imperio universal, del cual a su vez la ciudad de Alejandría era un sueño. Sueño universalizador que resulta del todo extraño en el mundo griego cuya tendencia tiraba definitivamente en sentido contrario hacia el regionalismo y la fragmentación.

Las pequeñas ciudades-estado griegas eran microcosmos siempre en pugna que no alcanzaban a vislumbrar más allá de sus intereses regionales y políticos, por lo que una y otras ciudades siempre estaban en conflicto; sus efímeras alianzas obedecían al movimiento coyuntural que dictaban sus intereses. Lo más cercano a una tendencia universalizadora fue el fugaz imperio ateniense, que de hecho estaba constituido por frágiles acuerdos y sujeciones, además de que era bastante regionalizado puesto que nunca tras pasó las fronteras del territorio de influencia helénico. Por todo ello la visión universalizadora de Alejandro inaugura una época nueva signada por la vertiginosa expansión de la civilización helénica. Las conquistas de Alejandro conllevan la universalización de la civilización griega pero asimismo esa universalización estuvo retroalimentada por la cultura que los pueblos conquistados a su vez le inyectaban. En términos de conocimiento esto significó, de golpe, la expansión de la concepción que del mundo se tenía en ese momento.

Hacia Grecia fluían los conocimientos que se obtenían del orbe asiático y africano. Y en las dos grandes escuelas de Atenas, la Academia platónica y el Liceo aristotélico se reconstituía el saber a partir de toda esa ingente información que le llegaba al conocimiento helénico. Información y conocimiento que era menester dejar registrados, ordenados y preservados. Lo que a su vez incrementaba la ambición de saber

12 Agustín Millares Carro. *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, FCE, 1981, p. 229.

13 Aunque en realidad fue un judío, Aristeas, que trabajaba probablemente en el Museo el que aconsejó a Demetrio la pertinencia de que esos libros estuvieran en el acervo de la Biblioteca.

más y acumular más información, con lo que quedaba abierta la necesidad de conjuntarla en un espacio que, por lo mismo, estaría signada por el anhelo de universalidad. Pero igualmente se creaba la necesidad de un espacio paralelo en el que se pudiera producir el conocimiento orientado por el nuevo paradigma universal y objetivo de la realidad. La necesidad que flotaba densamente en el contexto histórico encontrará sus medios para ser satisfecha precisamente en la ciudad que el propio conquistador soñó como el lugar ideal donde se realizaría la conjunción universal de hombres y pueblos provenientes de diversos y hasta remotos orbes: Alejandría. La ciudad universal gestaría en su seno la biblioteca universal y el centro productor de conocimiento universalizador.

Complementariamente el espíritu universal de la Biblioteca fue fomentado en lo político por todos los monarcas de la estirpe ptolemaea, hasta llegar incluso al de lirio bibliomaníaco, como fue el caso de Ptolomeo II Filadelfus, quien estableció una te naz política de adquisición de libros por todos los medios y costos posibles, como por ejemplo la requisa de libros de cualquier navío que atracara en los muelles de la ciudad: tales libros eran en via dos in media mente a la Biblioteca para ser copia dos y en tan to el original se que da ba en de pó si to, era la co pia la que se le en tre ga ba al na ví o. Esos libros que da ban e ti que ta dos en la Biblioteca como pro ve nien tes de los na ví os. La bibliofilia de la casa ptolemaea que dó de ma nif es to in clu so en la úl ti ma de sus mo nar cas, Cleopatra; se cuen ta que Mar co An to nio a sa bien das de esto le ob se qui ó una parte de la cer v o de la Biblioteca de Pérgamo para ob te ner sus fa vo res.

La vocación universal y universalizador de estos Dioscuros planteaba una serie de problemas sobre su funcionamiento interno así como sobre la comunión entre ambos. La Biblioteca con ta ba con lo que bien po dría lla mar se en sen ti do tex tual un eficiente “ser vi cio de in te li gen cia” para la ca ce ría de li bros. Se te nía to da la in for ma ción res pec to a cual quier li bro, es tu vie ra don de fue ra o lo tu vie ra quien lo tu vie ra, asi mismo se te nía la in for ma ción al día de los li bros que ac a ba ban de ser “pu bli ca dos”. Y se con ta ba con los me di os de todo ti po para ob te ner los, lo que re dun da ba en un flu jo in ce san te de li bros que in un da ba a la Biblioteca y cier ta men te plan tea ba el pro ble ma de su or ga ni za ción.

El inefable Demetrio de Falero fue quien propuso los criterios iniciales de selección y recolección de libros, así como las normas primarias de su ordenación y utilización, eco de las normas implantadas en el Liceo. Pero quien instrumentalizó todo esto fue Zenodoto y quien perfeccionó el sistema de catalogación fue el poeta Calímaco con sus famosos *Pinakes*:

Zenodoto, el primer bibliotecario, inició la sistematización de los volúmenes, pero fue Calímaco quien durante el reinado de Ptolomeo II (283-247) compiló los *Pinakes*, es decir los catálogos. En estos 120 libros, fueron ordenados los volúmenes por sectores y por géneros literarios, ordenando alfabéticamente los autores y solucionando los problemas

causados por las atribuciones dudosas. Los catálogos de Calímaco constituyeron la base de todo el trabajo posterior.¹⁴

Puede decirse que los *Pinakes* eran una especie de catálogo razonado en donde Calímaco trataba de fijar de manera sintéticas las características esenciales del autor y el libro, haciendo uso de ese instrumento de análisis creado en Alejandría, la filología. Calímaco era un consumado lingüista y filólogo, por lo que estableció el marco de ordenamiento del creciente acervo de la Biblioteca.¹⁵ La ambición universal de la Biblioteca tenía como respaldo un preciso sistema de catalogación que a su vez respondía a una visión amplia y global pero reducida del mundo. Los *Pinakes* al ordenar por sectores y géneros literarios los libros llevaban a cabo una representación seccionada del mundo, que distaba de la concepción unificada del conocimiento y de la realidad que se estiló en la Grecia clásica.

La novedad de la Biblioteca por lo que toca a su “servicio de inteligencia” –información, búsqueda y adquisición de cualquier libro–, así como a la catalogación de su acervo explican la eficiencia de su funcionamiento interior y así de básico, pues to que era el ámbito donde por primera vez se contaba con una colección cuya vastedad e intención creaba las condiciones para la práctica de la lectura intertextual, que alcanzaba su máxima expresión en la lectura que hacían los eruditos del Museo. En primera instancia el acervo de la Biblioteca estaba destinado para el uso de los eruditos huéspedes del Museo, en segunda la colección estaba abierta a pensadores y eruditos provenientes de otras latitudes: todos ellos buscaban la vía real –la biblioteca– para introducirse en el universo de la intertextualidad que, a semejanza de El Dorado, les prometía riquezas de conocimiento sin fin. Universo intertextual que condena, una vez que se penetra, a jamás salir de él. La red de la intertextualidad cubría y terminaba a perpetuidad los procesos de sumente y, por tanto, la integridad de su producción de conocimiento.

Dante Alighieri refiere que a las puertas del *Infierno* reza la consigna “Vosotros los que entráis aquí, abandonad toda esperanza” algo parecido podría consignarse en las puertas de la Biblioteca “Quien entra a este universo intertextual pierda toda esperanza de que su mente retorne a su estado de inocencia original (comprensión de la realidad con menor densidad de mediaciones)”. Los primeros en perder toda esperanza de

14 Giovanni Reale y Dario Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, vol. 1, Barcelona, Herder, 2001, p. 253.

15 “Un primer intento de ordenación fue llevado a cabo por Calímaco con sus *Pinakes*, pero no bastó por que los nuevos libros, con su creciente número, eran un elemento per turbador, para no perderse en la selva cada vez más intricable del acervo bibliográfico, parecía lo más conveniente recurrir sólo a cáminicos y frecuentados, a la lectura de unos pocos y seguros libros (...) A estas listas se les ha concedido el mérito de la salvación de una serie de obras, copiadas en la Antigüedad y en la Edad Media e impresas en los tiempos modernos, precisamente por que, al figurar sus autores en ellas, se las consideró importantes y fueron objeto permanente de referencia y estudio. Pero también han sido la causa de que se perdieran las obras de los autores que no figuraban en ellas por que dejaron de estudiarse, de leerse y copiarse”. Hipólito Sobrino Escobar, *La biblioteca de Alejandría*, Madrid, Grekos, 2001, pp. 158-159.

regreso eran los eruditos del Museo, quienes por el simple hecho de ser huéspedes oficiales de esta institución tenían acceso inmediato e irrefragable a la colección de la Biblioteca, incluso de solicitar que se adquirieran tales o cuales títulos para continuar sus investigaciones. De esta forma el acervo de la Biblioteca estaba en correspondencia con la producción de conocimiento del Museo, el cual a su vez estaba organizado internamente en *synodos* –claustros– que se encontraban divididos en dos grandes grupos: científicos y literarios. Grupos que así mismo al interior se encontraban acotados, lo que no debe entenderse como aislamiento entre las distintas disciplinas pues entre ellas se daba una constante interacción.

Lejos en el tiempo está la aparición del hiperespecialismo, como el que asola al conocimiento en nuestra época, pero en el Museo se colocó la piedra de toque del especialismo: “La individualidad alejandrina se caracterizó por la obra espiritual parcelada e independiente; por el modo como los eruditos deslindaban el trabajo de cada quien mediante el método de especialidad que, a fin de cuentas, se eslabona en la gran tarea del conocimiento mediante un sistema más parecido al de vasos comunicantes que al diálogo y la discusión distintas de la Academia de Atenas”.¹⁶ Cabe agregar que las especialidades también eran distintas del Liceo, por que el diálogo como fuerza motriz de la producción de conocimiento era distintivo de la Grecia Clásica; mientras que a contramarcha el sistema de vasos comunicantes propio de los *synodos* en el Museo deja del lado el diálogo y se orienta hacia la reflexión autónoma e independiente como gestor de la producción del conocimiento. Este conocimiento especializado que es producido en el Museo se concreta en un tipo de escritura que bien puede llamarse intertextual porque es el resultado de una práctica de lectura intertextual.

Los huéspedes del Museo escriben intertextualmente puesto que lo hacen a partir de la vasta erudición libre que se han labrado en la Biblioteca. Escriben sus textos a partir de las referencias cruzadas que les suscita una cantidad de textos propios de su especialidad. Todo lo cual finalmente da lugar a la creación de un texto especializado y sistemático respaldado por un amplio bagaje intertextual. Así pues, la visión del mundo de la que parte la producción de conocimiento del Museo es unívoca pero reticulada, es especializada pero intertextual. Tal es el funcionamiento cognoscitivo interno del Museo. Pero esto se encuentra estrechamente inalienable consonancia con el funcionamiento del otro Dioscuro, la Biblioteca. Los textos producidos en el Museo, al expresar un conocimiento sectorial del mundo están de antemano destinados a ubicarse en una clasificación del conocimiento de corte especializado, como el que se representa en los *Pinakes* de Calímaco; de este modo se cierra el círculo que existe, la catalogación, la preservación, la lectura y la producción de conocimiento. Tal era la unidad interactuante entre esos Dioscuros que fueron la Biblioteca y el Museo de Alejandría.

16 Martha Robles, *op. cit.*, p. 317.

El surco de la lectura

Desde el momento en que la escritura y la lectura ingresan en el mundo griego abrieron un surco que cruza las épocas clásica, helenística y romana (en sus diversas configuraciones: republicana, imperial y cristiana) hasta perderse en el horizonte medieval. Conforme el surco avanza base hacia más profundo y afecta tanto generalmente los procesos que le daban forma a la organización social de cada una de esas épocas de la era grecolatina. El punto de inflexión en que el surco se reorienta para de terminar la trayectoria posterior es la época helenística y lo que sucede dentro de los muros de la Biblioteca y el Museo. Trayectoria que mientras se gestaba en Alejandría no denotaba esa nueva orientación de la lectura pues lo que daba circunscripción al interior de los muros de ambas instituciones; su especificidad y amplia influencia se denotarían posteriormente, cuando todo el saber y la información producidas en la Biblioteca y el Museo se convirtieran en patrimonio global de la civilización occidental. Esto fue así porque para la monarquía ptolema los altos logros culturales estaban reservados para una élite:

(...) los tolomeos en particular y a los reyes helenistas en general, unos y otros concibieron la cultura como algo separado del resto de la vida, como la crema de una alta existencia humana reservada a unos pocos y la relegaban al pueblo, ajeno a ella.¹⁷

Lejos se está de la concepción democrática ateniense de cultura para la comunidad; la monarquía alejandrina reserva los bienes culturales para la clase que puede comprender y cabalmente disfrutarlos, dando por sentado que el resto de la comunidad no podía vivirlos de esa manera. De esa forma la élite que detentaba la producción y consumo de los bienes culturales legitimaba su posición dominante, lo cual permitía a la vez ser el factor de cohesión ideológica de la estructura social alejandrina. Por esa razón la revolución y los logros de la Biblioteca y el Museo que duran durante el largo tiempo circunscritos al interior de sus muros, lo que en cierto modo era parte de su condición de posibilidad, pues en ese entonces lo más importante era reunir el saber en esas instituciones; su divulgación era secundaria y se daría por sí sola con el rodar de los siglos: “El saber panagruético de esta Biblioteca iba poco a poco a introducirse en el ánimo de las élites literarias y científicas del mundo antiguo, ya fueran griegas o romanas. ¿Qué importancia en tonces el destino de esos muros más allá de los pillajes y de los incendios, de la invasión romana y árabes después? El milagro de la obra de Ptolomeo era haber conseguido reunir el saber de la Antigüedad en un solo lugar y haber hecho que lo tuvieran en cuenta los más preparados de sus contemporáneos no sólo mediante la lectura, sino también mediante la exégesis crítica”.¹⁸ En su momento sólo tangencialmente algunos de los logros de la Biblioteca y el Museo se propagaron hacia la colectividad. Por eso la profunda transformación que estaba

17 H. Escolar, Sobrino, , *op. cit.*, p. 84.

18 F. Fèvre, *op. cit.*, p. 156.

sucedíendole el texto y su lectura no fructificó colectivamente de inmediato; sin embargo gradualmente influyó al mundo antiguo hasta convertirse en un bien cultural común, del cual aún somos detentadores.

Difícil resulta comprender a una sociedad (lectora) en general y a un individuo (lector) en particular que tienen tras de sí siglos de un pasado, de una tradición de cultura escrita cuyos procesos y transformaciones vivieron en todos los órdenes sociales aquellas colectividades que por primera vez en frente a la transición entre la oralidad y la escritura, como fue el caso de la antigua sociedad griega. El tránsito de la cultura oral hacia la cultura escrita implicó entre otros aspectos la metamorfosis del texto y la práctica de su lectura en voz alta, aun que esto de manera sustancial, pero principalmente se dio el cambio en la dimensión de su comprensión e interpretación, todo lo cual desemboca en la Biblioteca y el Museo. La metamorfosis del texto está signada por la transición que lo lleva de la *sujeción* hacia la *autonomía*. En un principio la escritura tiene como objetivo registrar todas aquellas actividades prácticas y hasta rituales inmediatas y cotidianas de la colectividad, con lo que se descargaba a la memoria de su retención. Así la memoria era dirigida hacia la exclusiva preservación, continuidad y transmisión del patrimonio espiritual (cultural) del grupo. La memoria queda así sustancialmente constituida como soporte de tenedor de la identidad del grupo. Lo que se corresponde con la servidumbre del texto respecto a la oralidad, por medio de la cual se comunicó lo sustancial de la cultura entre los miembros de la colectividad: contenidos espirituales exhumados sinercial y cotidianamente de la memoria colectiva. Esta servidumbre del texto a la oralidad se complementa y refuerza con su *sujeción* a la realidad, de la cual es señal inmediata. Progresivamente los papeles se invierten en proporción directa al incremento de conocimiento; así, el patrimonio cultural identitario con tenido en la memoria será tras la dado por mediación de la escritura al texto. La memoria a su vez será el receptáculo de las pasiones cotidianas e inmediatas. De esta forma el texto sufre la metamorfosis que le permite dejar atrás las servidumbres y sujeciones y alcanza su autonomía, lo que paralelamente lo prepara para estatuirse en ámbito de la intertextualidad, como aconteció en Alejandría.

El fundamento de la autonomía del texto consiste en la creación de un universo ideal, un universo del discurso autorreferido así mismo, en el que los contactos frínticos con la realidad se tornan ambiguos y hasta contradictorios:

Puro artificio formal, fruto de un largo desarrollo por apresar lo más exactamente posible el tiempo y la memoria, las letradas acabarán llenando un espacio inmenso en ese campo intermedio y mediano. Tan importante va a ser su dominio que, frecuentemente, la escritura olvidará el origen, olvidará su inicial mandato de servir como señal para señalar el mundo y comenzará a ser signo de sí misma. Referidas a su propia escritura las letradas crearán un universo en el que se constituye una forma especial de ser. Independiente ya de cualquier compromiso significativo con la naturaleza, con el mundo real, el lenguaje escrito organiza un cerrado cosmos de autorreferencias de tensiones y significaciones que alcanzan

un absoluto grado de autonomía frente a lo real, incluyendo en ello al hombre mismo que lo crea.¹⁹

La larga transición de la sujeción a la autonomía del texto conllevó la transfiguración de una forma de mentalidad y visión del mundo hacia otras distintas caracterizadas por una mayor complejidad, lo que para los griegos implicó que sus formas de representación y construcción de la realidad social se tornaran más elaboradas al estar mediatizadas por el universo ideal que ofrecían los textos. Pero mientras los griegos vivieron las complejidades de ese parpadeo entre la cultura oral y la cultura escrita, nosotros opacamente podemos vislumbrar sus implicaciones por que nuestra mentalidad y visión del mundo están desde hace siglos dominadas y determinadas por los signos en rotación del texto. El mundo ideal del que es portador el texto autónomo acabará dando su última vuelta de tuerca para cerrarse sobre sí mismo cuando se introduzca del todo en el universo de la intertextualidad.

Para que el universo de la intertextualidad pueda dilatarse sin límites se requiere la instauración de un espacio bibliotecario que esté orientado a la conformación de un acervo multidisciplinario. Esta condición de posibilidad para integrar la intertextualidad lalló por primera vez de manera completa en la historia la universalidad de la Biblioteca de Alejandría. Al formar una colección bibliográfica para la que no existían barreras de cantidad y disciplinas temáticas abría los canales para la comunicación informativa y cognoscitiva entre los libros.

La intertextualidad pone frente a frente los textos, que cual espejos en contrados reflejan inababables imágenes de sí mismos. La imagen ru morosa de un texto se multiplica en otros textos. Para que la intertextualidad se convierta en un código concreto y completo requiere, como complemento, de la instauración del espacio bibliotecario y de la temporalidad de las prácticas de la escritura y la lectura, que, por consiguiente, están tamizadas por la intertextualidad. Por lo que puede definirse la intertextualidad como la comunicación e intercambios que se establecen entre distintos textos, creando así un ámbito de referencias, continuidades y comunidades entre lo que contiene un texto y otro. De lo que resulta que la escritura de un texto es producto de procesar la información tomada de múltiples textos; intertextualidad: texto de textos.

Cuando un erudito del Museo escribe un texto lo hace a partir de la información que le han brindado una amplia gama de textos consultados en la Biblioteca. Y aunque se trate de un texto especializado está respaldado por una buena cantidad de textos correspondientes a esa especialidad. Sea dicho de paso, que esto a su vez de fine el perfil del erudito huésped del Museo como especialista, figura “señera” y emblemática del ambiente cultural alejandrino:

“El esplendor agregado de Alejandría, sin embargo, más la peculiaridad de que allí los eruditos se transformaran en especialistas, en el sentido

19 Emilio Lleó, *El surco del tiempo. Meditación sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 43-44.

moderno de la palabra, rompieron todas las costumbres del aprendizaje para crear al investigador, al antecedente del profesionalista, al bibliófilo y estudioso, al catedrático, lector o *scholar* que con el tiempo derivaría en humanista, en su sentido de erudición; es decir, se comprometieron hasta delinear el primer crítico del saber porque la do que daría origen a las disciplinas clasificadas en ciencias, artísticas y filológicas, término éste último, que aparecía en el lenguaje académico y en el saber por primera vez, ya que su procedencia de 'amor al conocimiento' se relacionaría con los también quehaceres fundadores de la gramática, la crítica literaria y, en general, con los rudimentos de lo que, al tiempo, quizá hasta los siglos del Renacimiento, se volverá, por su interés implícito, historia de la cultura.²⁰

El especialista alejandrino fundamenta su propia disciplina a partir de la reorientación que lleva a cabo desde un sector intertextual (disciplinario) acotado. El texto es escrito a partir de la información y las referencias cruzadas brindadas por otros textos; en el uso de dicho texto por lo mismo se han soslayado en gran medida los señalamientos directos e indirectos sobre la realidad. El mundo ideal contiene en un texto adquire así la dureza de la abstracción intertextual. De esta manera lo que queda constituido es el *orden del discurso*, el cual al ser movilizado por medio de la lectura hacia la realidad produce el entramado simbólico de las representaciones que orienta la construcción de la realidad social.

La lectura es una práctica histórica que responde o está en consonancia con la dinámica y articulación de las estructuras sociales que una colectividad se forja así misma en un momento y en un contexto específicos. El gran momento de la Grecia clásica, con Atenas como centro rector, ha quedado atrás; el momento y el contexto son distintos ahora que Alejandría ha sido elevada a centro directriz de la política y la cultura griegas. La diferencia está marcada por la distancia temporal y espacial; la epopeya conquistadora de Alejandro significó un tajo en la historia griega: el microcosmos de las ciudades está, cuyo culmen fue Atenas, se quejó y se cayó en el tiempo, y el centro de gravedad griego se trasladó espacialmente a otras regiones, en especial al norte de África, con cabeza de playa en Alejandría. Lo que por necesidad redundó en la transfiguración de la práctica de la lectura.

En la Grecia clásica la escritura fue una sierva de la democracia, lo que la convertía en un eco de la oralidad. La *scriptio continua* y su correlativa lectura vivían en la servidumbre de la pulsión verbal que alimentaba la cotidianidad del pueblo griego. Por eso el factor esencial en la gestación y articulación de las representaciones orientadas en la construcción de la realidad social es la oralidad, no la lectura *per se*. Esto cambió al pasar a otro momento y contexto históricos. En Alejandría el texto alcanzó su completa autonomía, lo que entrañaba una práctica de la lectura correlativa a un texto de semejante índole. Se trata de una lectura que ya no acompaña servilmente a la oralidad que trahuma por las calles sino que gira entre los muros de la Biblioteca y el Museo.

20 Martha Robles, *op. cit.*, p. 297.

El texto forjado en la fragua de la intertextualidad exige un tipo de lectura acorde con ella, pero también un tipo específico de lector. Los usuarios que hacen constante manejo de los rollos (volumenes) de la colección de la Biblioteca están claramente definidos: son los eruditos, tanto huéspedes del Museo como los provenientes de allende las fronteras de Alejandría. Son un breve grupo de lectores entrenados y por ende están en posesión de los códigos de lectura que las instituciones alejandrinas han propiciado. Lectores alejandrinos cuya práctica de lectura se *para* recesólo *formalmente* a la que llevaba a cabo el propio Alejandro Magno.

Los lectores alejandrinos poseen los códigos de lectura tanto en su aspecto *formal* como en cuanto a su *contenido*. La lectura en su dimensión formal, en su aspecto más externo, siguió siendo de hecho la misma a lo largo de toda la era grecolatina: lectura en voz alta; pero en su dimensión interna varió de una a otra con configuración social. El erudito del Museo que leía en voz alta pasando con otro erudito por la *stoa* de las inscripciones de la institución, no dirigía su lectura al populacho alejandrino que trajina ba más allá de los muros del complejo arquitectónico de Palacio. Le leía al colega que lo acompañaba, el cual a su vez era la encarnación de la cofradía interlectual de eruditos al que ambos pertenecían. El erudito le lee en voz alta a la comunidad de colegas que interiormente lleva consigo, no a esa comunidad popular con la que carece de identificación.

La clara conciencia de los eruditos del Museo de formar una élite cultural, reforzada por la protección que les brinda el poder de la monarquía ptolemaica, y de trabajar en una institución rodeados de sus pares, los dotó de un sentido de la lectura que estaba dirigido a su propia comunidad de colegas, el multirracial coro de voces que se escuchan en las calles de la ciudad no les daban gran cosa. Es una multitud amorfa que sólo adquiere coherencia cuando desde la punta de la pirámide del poder, filtrado por la política cultural cuyo basamento está en el Museo y la Biblioteca, le dicta la orientación a seguir. A esto hay que agregar el factor de que Alejandría pertenece a una configuración histórica en la que el individualismo griego, que había comenzado a asomar en el oca so de la Grecia clásica,²¹ está claramente perfilado. Individualismo que en esa fase inicial que da espléndidamente tratado a todo lo largo de las tragedias de Eurípides. El individualismo alejandrino ha contribuido históricamente para que la lectura en voz alta se retrajera internamente al sector de los especialistas. Aunque toda vía lejos se encuentran en el horizonte el individualismo absoluto y subjetivo de la modernidad.

La parte de la lectura en su dimensión de contenido ha sufrido también una profunda transformación en Alejandría. Si bien es cierto que a todos los lectores de la era grecolatina se les ofreció el texto en *scriptio continua*, la manera de interpretarlo y transcribirlo internamente fue distinta en cada configuración social de esa era histórica. Así como la lectura en voz alta no traspasó los muros de la Biblioteca y el Museo para

21 Cfr. Jean-Pierre Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 2001.

vertirse en las calles de la ciudad, de manera análoga la interpretación del texto no transgredió de todos los muros de la ciudad a la intertextual para vertirse en la realidad.

Los eruditos que solicitaban en préstamo los libros de la Biblioteca eran lectores de ante mano versados en el código de lectura que exigían los libros escritos intertextualmente; de hecho había una petición de principio en su perfil como lector y la práctica de la lectura que llevaban a cabo: ser un erudito implicaba una figura construida por un vasto bagaje de información, esto es de intertextualidad; bagaje que le confería la aptitud (dominio del código) para leer intertextualmente, lo que a su vez engrosaba su información intertextual. Círculo de lectura sellado que no requería de los señalamientos inmediatos de la realidad. La lectura intertextual le permitía al lector transitar de un texto a otro con la lectura de un solo texto. Cada libro le abría una red de accesos hacia otros libros y la lectura de éstos a su vez a otros. Este tipo de lectura propició el surgimiento y desarrollo de un complejo instrumental de técnicas de interpretación de los textos, que es otro de los principales logros culturales alejandrinos.

Sólo en un ambiente donde prevalece un concepto del texto como universo ideal auto referido a sí mismo podían surgir esas técnicas para su interpretación. La filología, la lingüística, la crítica literaria eran el instrumental quirúrgico que empleaban los eruditos del Museo en su lectura para diseccionar los textos y observar su organización interior; de donde podían rastrear las fuentes bibliográficas que les dieron origen, discernir comparativamente el estilo del autor con el de otros autores, comprender su estructura matemática dentro de una disciplina, deslindar falsas atribuciones, etcétera. Lo que no dejaba dudas de su clara estirpe intertextual, pero a la vez esas técnicas de interpretación eran un preclaro segregado de intertextualidades. El resultado de semejante lectura fue la fijación del texto en doble sentido: primero como una *prefiguración* del texto canónico (ello dentro de la limitante que imponía la fluente movilidad del texto ocasionada por las constantes copias de que era objeto) y segundo dentro de un horizonte incipiente de multidisciplinariedad. Así el texto que da fijado en una "única" versión y ubicado en una específica disciplina, con lo que queda a merced de los *Pinakes* de la Biblioteca. De donde será solicitado para ser leído por algún erudito, texto del cual extraerán información y referencias para emprender a la vez la escritura de su propio texto.

Tal fue la profundización y orientación del surco de la lectura que en el mundo antiguo propició Alejandría. Surco cuya impronta significó las pausas futuras de la lectura en occidente, aun y cuando en ese momento su novedad quedó circunscrita al interior de unos muros. En conjunto todo esto conformó el orden del discurso en la antigüedad, el cual vendría a estatuirse como denso tejido de mediciones a partir del que ahora se gestan las representaciones de la realidad. Ese fue en suma el mayor logro cultural alejandrino emanado de esas dos instituciones que fueron la Biblioteca y

el Museo: luz de Alejandría que perforando los siglos llega titilante hasta nuestro tiempo para señalar la ruta futura.²²

EPÍLOGO

Año vigésimo de la Hégira (22 de diciembre del año 640 de la era cristiana). Alejandría ha sido conquistada por el emir Amr Ibn al-'As, el cual le escribe a su superior el califa Umar, fatídico amigo del profeta, preguntando por el destino que han de correr los últimos libros de las bibliotecas de Alejandría sobre vivientes a las sucesivas destrucciones sufridas a lo largo de los siglos. Recibe como contestación un silogismo incendiario, cuyarotundidad es inapelable:

Por lo que se refiere a los libros que has hecho referencia –escribía Umar–, he aquí la respuesta: si su contenido está de acuerdo con el libro de Alá, podemos despreciarlos, puesto que en tal caso el libro de Alá es más que suficiente. Si, en cambio, contienen cualquier cosa deforme con respecto al libro de Alá, no hay ninguna necesidad de conservar los. Procede y destrúyelos.²³

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Puede decirse que la importancia de la Biblioteca de Alejandría radica en que se configuró como el primer gran mito bibliotecario occidental, alimentado por la aspiración de universalidad. Biblioteca universal que además se construyó como el ámbito donde se consolidó y legitimó la lectura de carácter intertextual.

22 En sentido amplio, dentro del marco de lo que implica una institución para el funcionamiento de una colectividad, la Biblioteca de Alejandría inaugura una fase fundamental en la historia humana: va a constituirse en ámbito gestor y gestor de las representaciones de la realidad a partir de los libros. Su política de compilación universal de libros se desdoblará con el paso de las centurias en una política de difusión universal de los libros para cubrir de múltiples formas la intertextualidad de la reticulado social. La Biblioteca tras cien de así sus propias fronteras para expandir su “mensaje civilizador de saber”, lo que significa que su ministerio al conjunto social una estructura de representación y construcción de la realidad. Con esa ineludible impronta la Biblioteca de Alejandría marcó a todas las bibliotecas grandes y pequeñas que siguieron su senda.

23 L. Canfora, *op. cit.*, p. 82-83.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro López, Héctor Guillermo, “Los usos de la lectura y la representación cultural: elementos para una teoría de la lectura” en el vol. colectivo *La información en el inicio de la era electrónica*, México, UNAM-CUIB, 1998.
- , “El sentido de la lectura” en *Investigación Bibliotecológica: archivonomía, bibliotecología e información*, vol. 15, núm. 30, enero-junio, 2001.
- , “La biblioteca y el berinto” en *Investigación Bibliotecológica: archivonomía, bibliotecología e información*, vol. 16, núm. 32, enero-junio, 2002.
- Canfora, Luciano, *La biblioteca desaparecida*, Asturias, TREA, 1998.
- Casson, Lionel, *Libraries in the ancient world*, New Haven, Yale University, 2001.
- Cavallo, Guglielmoy Chartier Roger (direcc.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.
- Dahl, Svend, *Historia del libro*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.
- El-Abbadi, Mustafá, *La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, Madrid, UNESCO / Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1994.
- Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia de las bibliotecas*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990.
- , *La Biblioteca de Alejandría*, Madrid, Gredos, 2001.
- Fèvre, Francis, *Ptolomeo I. El faraón de Alejandría*, Madrid, Alderabán, 1999.
- Graves, Robert, *Los mitos griegos*, vol. 1, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Lledó, Emilio, *El surco del tiempo. Meditación sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Macleod, Roy, *The library of Alexandria. Centre of learning in the ancient world*, New York, I. B. Tauris, 2000.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro de las bibliotecas*, México, FCE, 1981.
- Pallier, Denis, *Les bibliothèques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1961.
- Reale, Giovanni Antiseri, Darío, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, vol. 1, Barcelona, Herder, 2001.
- Robles, Martha, *Memoria de la Antigüedad*, México, CONACULTA, 1994.
- Sarton, George, *Ciencia antigua y civilización moderna*, México, FCE, 1960.
- Tarn, William y Griffith, G. T., *La civilización helenística*, México, FCE, 1982.
- Vernant, Jean-Pierre, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 2001.